

I



odos los accidentes emboscan a los desprevenidos, a veces con violencia, igual que el amor. Era Viernes Santo y el alba empezaba a disolver las estrellas. Por costumbre, me acariciaba la cicatriz del pecho mientras conducía. Los ojos me pesaban y se me nublaba la vista, nada extraño teniendo en cuenta que me había pasado la noche inclinado sobre un espejo esnifando rayas de polvo blanco que parecían barrotes que encarcelaban mi rostro en una jaula de cristal. Creía que la droga afinaría mis reflejos. Me equivocaba.

A un lado de la sinuosa carretera había un barranco profundo; al otro, un bosque oscuro. Traté de mantener los ojos pegados a la carretera pero tenía la inquietante sensación de que algo estaba a punto de abalanzarse sobre mí desde los árboles, quizá una banda de mercenarios. Así es como funciona la paranoia de las drogas, por supuesto. Mi corazón latía a martillazos y aferré el volante con más fuerza, sintiendo que el sudor se me acumulaba en la base del cuello.

Entre las piernas llevaba encajada una botella de bourbon, que intenté coger para echar otro trago. Se me escurrió y antes de caer al suelo del coche rebotó sobre mi regazo, salpicando por todas partes. Me agaché para recogerla antes de que se derramara el resto del contenido y cuando levanté la vista me encontré con la visión, la ridícula visión, que lo empezó todo. Vi un enjambre de flechas encendidas saliendo de los árboles directamente hacia mi coche. El instinto tomó las riendas y di un volantazo para alejarme del bosque que ocultaba a mis invis-

bles agresores. No fue una buena idea, porque lancé mi coche contra la alambrada que me separaba del precipicio. Hubo un aullido de metal contra metal cuando la puerta del pasajero chocó contra los tensos cables y una docena de golpes sordos cuando embestí los sucesivos postes de madera, cada impacto como la descarga eléctrica de un desfibrilador.

Compensé en exceso y me metí en el carril contrario, casi chocando con una furgoneta. Para evitarla giré con demasiada fuerza el volante, lo que me llevó de nuevo contra la valla. Los cables se rompieron y restallaron por todas partes, como tentáculos letales de un pulpo arponeado. Uno de ellos agrietó el parabrisas y recuerdo que pensé que había tenido suerte de que no me alcanzase mientras el coche se precipitaba convulsionándose en brazos del abismo.

Hubo un breve instante de ingravidez: un punto de equilibrio entre aire y tierra, suelo y cielo. *Qué extraño, pensé, qué parecido al momento entre vigilia y sueño cuando todo es hermoso y surrealista y nada es corpóreo. Qué parecido a flotar hacia la plenitud.* Pero igual que ese período entre el mundo real y los sueños, este momento más allá del borde acabó con una despiadada sacudida que me trajo de vuelta a la realidad.

Un accidente de tráfico parece durar una eternidad y siempre existe un punto en el que crees que puedes corregir el error. *Sí, piensas, es verdad que me estoy despeñando montaña abajo en un coche que pesa una tonelada y media. Es cierto que hay una caída de treinta metros hasta el fondo del barranco. Pero seguro que si giro el volante con fuerza hacia un lado, todo acabará bien.*

Una vez que has girado ese volante y descubierto que no arregla nada, te sobreviene un pensamiento, claro y puro: *Oh, mierda.* Durante un glorioso instante alcanzas el estado de bendito vacío que los filósofos orientales se pasan la vida buscando. Pero al alcanzar esa trascendencia tu mente se convierte en un superordenador capaz de calcular los giros del coche, multiplicarlos por la velocidad de la caída y el ángulo de descenso, aplicar al resultado las leyes de Newton sobre el movimiento y, en

una décima de segundo, llegar a la terrorífica conclusión de que *esto va a doler mucho*.

Tu coche gana velocidad mientras desciende por el terraplén dando tumbos. Pronto se demuestra correcta tu hipótesis: es, desde luego, bastante doloroso. Tu cerebro cataloga las distintas sensaciones. Están las vueltas de campana, el remolino de desorientación y los chillidos de dolor del coche mientras practica su macabro yoga. Está el crujido del metal, presionando contra tus costillas. Luego está el malicioso olor del diablo, su tridente clavándose en el culo y el sabor del azufre en la boca. El Cabrón está ahí, claro, no lo dudes.

Recuerdo el abrasador relámpago cuando los bajos del coche me cortaron todos los dedos del pie izquierdo. Recuerdo que la columna de dirección pasó volando sobre mi hombro. Recuerdo la erupción de cristales que me rodeó por completo. Cuando el coche se detuvo al fin, quedé colgando boca abajo, sujetado por el cinturón. Oía el siseo de diversos gases escapando del motor y las ruedas todavía dando vueltas afuera, arriba, y, al cesar las sacudidas, quedó el crujido del metal del coche, aposentándose como una tortuga panza arriba.

Justo cuando empezaba mi deriva a la inconsciencia, hubo una explosión. No una explosión como en las películas, sino una explosión pequeña, de las de la vida real, como la ignición de un desdichado horno de gas que le guarda rencor a su dueño. Un relámpago de llamas azules recorrió el techo del coche, que había quedado inclinado bajo mi cuerpo colgante. De mi nariz saltó una gota de sangre que cayó expectante entre las felices y jóvenes llamas que habían cobrado vida debajo de mí. Primero sentí que mi cabello se quemaba, luego pude olerlo. Mi cuerpo empezó a tostarse como si yo fuera un pedazo de carne en una barbacoa y escuché cómo mi piel rompía a hervir cuando las llamas empezaron a lamerla. No podía alcanzarme la cabeza para apagar mi cabello en llamas. Mis brazos no respondían.

Imagino, querido lector, que habrá tenido alguna experiencia con el calor. Quizá haya servido té hirviendo en un ángulo

incorrecto y el vapor le haya subido por la manga; o, con el atrevimiento de la juventud, quizá sostuvo una cerilla entre los dedos tanto como pudo. ¿Hay alguien que no haya llenado la bañera de agua demasiado caliente y olvidado probar la temperatura antes de meter todo el pie? Si alguna vez le ha sucedido alguno de estos percances menores, quiero que imagine algo nuevo. Imagine ir a uno de los fogones de su cocina, digamos que es una cocina eléctrica con fogones negros. No ponga un cazo con agua sobre el fogón, pues el agua se limita a absorber el calor y utilizarlo para hervir. Quizá asciendan del fogón pequeños hilillos de humo de algún residuo que había quedado la última vez que cocinó. De entre los aros negros surge un ligero tono violeta, y luego el fogón asume un tono púrpura rojizo, como la zarzamora antes de madurar. De ahí pasa al naranja y finalmente —¡finalmente!— a un rojo intenso y brillante. Es bonito, ¿verdad? Ahora baje la cabeza hasta que sus ojos queden alineados con la superficie de la cocina y pueda ver a través de las relucientes olas de aire ascendente. Piense en aquellas películas antiguas en las que el héroe otea a través del desierto un inesperado oasis. Ahora quiero que pase suavemente las yemas de los dedos de la mano izquierda sobre la palma de la mano derecha, apreciando cómo la piel registra hasta el contacto más ligero. Si fuera otra persona la que lo hiciera es posible que se excitase. Ahora, quiero que pose con fuerza esa mano sensible y receptiva sobre el fogón al rojo vivo.

Y manténgala allí. Manténgala allí mientras el fogón le graba a fuego los nueve círculos de Dante directamente en la palma, permitiéndole tener a mano el Infierno para siempre. Deje que el calor marque la piel, los músculos, los tendones; deje que cale hasta el hueso. Espere hasta que la quemadura se meta tan dentro de usted que no sepa si jamás será capaz de apartarse de ese fogón. No pasará mucho hasta que le alcance la peste de su propia carne quemada, un hedor que se apoderará de los pelos de su nariz y se negará a marcharse. Olerá cómo arde su cuerpo.

Quiero que siga apretando la mano contra el fogón mien-

tras cuenta lentamente hasta sesenta. Sin hacer trampas. Un Miss-is-sip-pi, dos Miss-is-sip-pi... Al llegar a sesenta Miss-is-sip-pi la mano se habrá deshecho rodeando el fogón y se habrá quedado fundida a él. Ahora libérela de un tirón.

Tengo otra tarea para usted: agáchese, ponga la cabeza de lado y apoye la mejilla en el mismo fogón, apretando con fuerza. Le dejo escoger el lado de la cara que prefiera. De nuevo, aguante sesenta Mississippis, sin trampas. Le resultará práctico tener la oreja ahí mismo para capturar los chasquidos, el crepitar y los borboteos de su carne.

Puede que ahora se haga vagamente una idea de lo que sentí inmovilizado en aquel coche, sin poder escapar de las llamas y lo bastante consciente como para disfrutar la experiencia hasta que entré en *shock*. Hubo unos pocos piadosos segundos en los que pude oír, oler y pensar, seguir documentándolo todo, pero sin sentir nada. *¿Por qué ya no me duele?* Recuerdo que cerraré los ojos y deseé una oscuridad bella y completa. Recuerdo que pensé que debí haberme hecho vegetariano.

El coche se balanceó de nuevo y cayó al riachuelo al borde del cual se había detenido. Como si la tortuga hubiera podido ponerse de nuevo en pie y se hubiera arrastrado hasta la fuente de agua más cercana.

Este acontecimiento —que el coche cayera al riachuelo— me salvó la vida al extinguir las llamas y refrescar mi carne recién asada.

* * *

Todos los accidentes emboscan a los desprevenidos, a veces con violencia, igual que el amor.

No sé si empezar con mi accidente es lo mejor que podía haber hecho, pues éste es el primer libro que escribo. Lo cierto es que he empezado por el accidente porque quería captar su interés y engancharle a esta historia. Continúa leyendo, así que parece que ha funcionado.

Me estoy dando cuenta de que lo más complicado de escribir no es el acto en sí de construir frases, sino decidir qué es lo que vas a poner, y dónde, y qué lo que vas a dejar fuera. Dudo constantemente. Escogí el accidente, pero podía haber empezado por cualquier otro punto de mis treinta y cinco años de vida. ¿Por qué no empezar diciendo «Nací el año 19__ en la ciudad de _____»?

Y es más, ¿por qué debo limitar el inicio al período de mi vida? Quizá debería empezar en Núremberg a principios del siglo XIII, donde una mujer con el desafortunadísimo nombre de Adelheit Rotter se retiró de una vida que consideraba pecaminosa para convertirse en una beguina —mujeres que, aunque no formaban parte oficialmente de la Iglesia, llevaban una vida de pobreza en imitación de Cristo—. Con el tiempo, Rotter atrajo a una legión de seguidoras y en 1240 se mudó a una granja de vacas en Engelschalksdorf, cerca de Swinach, donde un benefactor llamado Ulrich II von Königstein les permitió instalarse a cambio de que trabajaran allí. Erigieron un edificio en 1243 y, al año siguiente, lo convirtieron en un monasterio y eligieron a la primera priora.

Ulrich murió sin heredero varón y legó todas sus posesiones a las beguinas. A cambio exigió que el monasterio ofreciera un lugar donde enterrar a sus parientes y que se rezara, para siempre, por la familia Königstein. En una muestra de buen juicio ordenó que el nombre del lugar pasara a ser Engelthal, o «Valle de los ángeles», en lugar de Swinach, «Lugar de los cerdos». Pero fue la última provisión del testamento de Ulrich la que tendría un impacto mayor en mi vida: dispuso que en el monasterio se creara un *scriptorium*.

* * *

Ojos abiertos a un relampagueante torbellino de rojo y azul. Un estruendo de voces y ruidos. Una vara de metal atraviesa el costado del coche y abre un boquete. Uniformes. Dios, estoy en el Infierno y aquí llevan uniformes. Un hombre grita.

Otro dice con voz tranquilizadora: «Vamos a sacarle de ahí. No se preocupe.» Lleva una placa. «Todo va a salir bien», promete a través de su bigote. «¿Cómo se llama?» No me acuerdo. Otro enfermero grita a alguien que no puedo ver. Al verme, retrocede asqueado. ¿Es así como se supone que debe reaccionar? Oscuridad.

Abro los ojos. Estoy atado a una camilla. Una voz: «Tres, dos, uno, arriba.» El cielo se abalanza sobre mí y luego se aleja. «Dentro», dice la voz. Cuando la camilla encaja en su sitio suena un chasquido metálico. Un ataúd, ¿por qué no tiene tapa? *Demasiada antisepsia para ser el Infierno y ¿de verdad es posible que el techo del Cielo sea de metal gris?* Oscuridad.

Abro los ojos. De nuevo ingrávido. Caronte viste una tela azul mezcla de poliéster y algodón. Una sirena de ambulancia rebota sobre un Aqueronte de asfalto. Han insertado una vía en mi cuerpo —¿por todas partes?—. Estoy cubierto por una capa de gel. Humedad, humedad. Oscuridad.

Abro los ojos. Las ruedas suenan como las de un carrito de supermercado sobre cemento. La maldita voz dice «¡Vamos!». El cielo se burla de mí y pasa de largo, luego un techo de yeso blanco. Unas puertas dobles se abren. «¡Quirófano 4!» Oscuridad.

Abro los ojos. Fauces abiertas de una serpiente, embistiéndome, riendo, hablando: **ESTOY LLEGANDO...** La serpiente trata de tragarse mi cabeza. No, no una serpiente: una máscara de oxígeno. **...Y NO PUEDES HACER NADA PARA IMPEDIRLO.** Caigo hacia atrás en una oscuridad de máscara de gas.

Los ojos se despejan. Las manos arden, los pies arden, fuego por todas partes aunque estoy en medio de una ventisca. Un bosque alemán con un río cerca. Una mujer en la cresta de una colina con una ballesta. Siento como si me hubieran atravesado el corazón. Lo oigo sisear al rendirse. Intento hablar pero sólo

emito un graznido y una enfermera me dice que descanse, que todo va bien, que todo va bien. Oscuridad.

Una voz flota sobre mí. «Duerma. Sólo duerma.»

* * *

Después del accidente me hinché como un frankfurt recién asado. Mi piel se quebró para dar paso al desbordamiento de mi carne. Los doctores, con sus hambrientos escalpelos, aceleraron el proceso con unas pocas incisiones rápidas. El procedimiento se llama escarotomía y permite que el tejido inflamado se expanda. Es como si el ser secreto que llevas dentro se rebelase y finalmente se abriera camino hasta la superficie. Los doctores creyeron que al abrirme empezaban a curarme pero, de hecho, sólo liberaron al monstruo: una cosa hecha de carne dilatada y supurante.

Mientras que una quemadura leve produce una ampolla llena de líquido, quemaduras como las mías provocan una severa deshidratación. En mis primeras veinticuatro horas en el hospital, los médicos me administraron veintisiete litros de líquido isotónico para contrarrestar la pérdida de fluidos corporales. El líquido supuraba por todo mi cuerpo casi tan rápido como me lo inyectaban, de modo que me convertí en algo similar a un desierto durante una repentina inundación.

Este intercambio demasiado rápido de fluidos provocó un desequilibrio en la química de mi cuerpo y el esfuerzo por estabilizarme hizo tambalearse a mi sistema inmunológico, un problema que se agravaría en las semanas siguientes, durante las cuales el mayor peligro era la muerte por una infección séptica. Una simple infección se puede llevar por delante rápidamente incluso a un quemado que haya evolucionado bien durante bastante tiempo tras su accidente. Precisamente cuando más falta hacen, las defensas del cuerpo apenas funcionan.

Mi exterior arrasado estaba recubierto por una capa sanguinolenta de tejidos carbonizados que se denomina escara, el

Hiroshima del cuerpo. Igual que no se puede llamar edificio a un montón de bloques de cemento destrozados después de que haya detonado la bomba, después del accidente no se podía llamar «piel» a mi capa externa. Todo yo era un estado de emergencia y sobre mis restos sembraban ión de plata y crema de sulfadiazina. Sobre ello tendieron vendajes, que descansaban sobre la devastación.

Yo no me enteré de nada de esto, me lo contaron luego los médicos. En aquel momento yo yacía comatoso con una máquina midiendo el tenue metrónomo de mi corazón. Me administraban fluidos, electrolitos, antibióticos y morfina a través de una serie de tubos (sonda intravenosa, sonda de yeyunostomía, sonda endotraqueal, sonda nasogástrica, sonda vesical, ¡en verdad tenía un tubo para cada ocasión!). Una manta aislante mantenía mi cuerpo lo bastante caliente como para sobrevivir, un respirador me daba aliento y me hicieron tantas transfusiones de sangre que hasta Keith Richards se hubiera quedado asombrado.

Los médicos se deshicieron de mi yermo exterior desbriándome, rascando la carne quemada. Trajeron tanques de nitrógeno líquido que contenían piel de cadáveres recién cosechada. Las láminas se descongelaban en baldes de agua y luego se disponían ordenadamente sobre mi espalda y se fijaban con unas grapas. Así, como si fueran poniendo parches de césped nuevo en las áreas problemáticas de los patios traseros de sus residencias veraniegas, me envolvieron en piel de muertos. Aunque limpiaban mi cuerpo constantemente, rechazaba esas láminas de necro-carne; nunca he sido un buen jugador de equipo. Tras cada rechazo, me cubrían de nuevo con más piel de cadáveres.

Yo yacía, llevando piel de difuntos como armadura contra la muerte.

* * *

Los primeros seis años de mi vida.

Mi padre se marchó antes de que yo naciera. Evidentemen-

te era un charlatán encantador, rápido con la polla y todavía más rápido para marcharse. Mi madre, abandonada por ese anónimo Lothario,¹ murió en el parto mientras yo venía al mundo deslizándome sobre un torrente de sangre. La enfermera que sostenía mi grasiento cuerpo de recién nacido resbaló en un charco de esa sangre cuando salía de la sala de partos, o eso me dijeron. La primera vez que mi abuela me vio yo estaba en brazos de una enfermera con un uniforme blanco manchado de rojo como si fuera una prueba del test de Rorschach.

Tampoco a mí me fue bien en el parto. Nunca me contaron exactamente qué sucedió, pero por algún motivo me abrieron el cuerpo desde el estómago hasta el pecho, dejándome una larga cicatriz, quizá obra de algún escalpelo errante mientras trataban de salvar a mi madre. Simplemente no lo sé. Al crecer yo la cicatriz mantuvo el mismo tamaño hasta que al final se convirtió en una marca de sólo unos pocos centímetros centrada en la parte izquierda de mi pecho, donde un romántico dibujaría el corazón.

Viví con mi abuela hasta los seis años. Era obvio que me guardaba rencor porque me consideraba la causa de la muerte de su hija. No creo que fuera mala persona, sino más bien que nunca esperó sobrevivir a su hija ni verse cargada, a esas alturas de su vida, con el cuidado de otro niño.

Mi abuela no me pegó, me alimentó bien y se encargó de que me pusieran todas las vacunas necesarias. Simplemente, yo no le gustaba. Murió durante uno de aquellos escasos días en que estábamos divirtiéndonos juntos, mientras me empujaba en los columpios. Subí hacia el cielo y estiré las piernas hacia el sol. Volví hacia la tierra esperando que me atrapara, pero pasé junto a su cuerpo doblado. Cuando al caer hacia adelante pasé de nuevo junto a ella, se había derrumbado y se sostenía con los codos apoyados en el suelo. Luego cayó de cara sobre el barro del patio. Corrí hasta una casa cercana para alertar a los adultos y

1. Personaje de *The Fair Penitent*, obra de teatro de Thomas Rove. Se utiliza como sinónimo de mujeriego. (*N. de la t.*)

luego esperé en los columpios hasta que, demasiado tarde, llegó la ambulancia. Cuando los enfermeros la levantaron, los corpulentos brazos de mi abuela colgaban como las alas de un murciélago muerto.

* * *

Desde el momento en que entré en el hospital dejé de ser una persona y me convertí en un historial. Después de pesarme, los médicos sacaron la calculadora para introducir la extensión de mis quemaduras y calcular las posibilidades que tenía de sobrevivir. No eran muchas.

¿Cómo lo hicieron? Como en cualquier cuento de hadas que se precie, hay una fórmula mágica, que en este caso se llamaba «la regla de los nueves». El porcentaje de quemaduras se determina y marca sobre un diagrama que se parece a un mapa vudú del cuerpo humano, dividido en secciones basadas en múltiplos de nueve. Los brazos «cuentan» como el 9 % de la superficie total del cuerpo; la cabeza también es un 9 %; cada pierna es un 18 %, y el torso, por delante y por la espalda, vale un 36 %. Por eso se llama «la regla de los nueves».

Por supuesto, hay otros factores que influyen al valorar una quemadura. La edad, por ejemplo, los muy ancianos y muy jóvenes tienen menos posibilidades de sobrevivir, pero si los jóvenes sobreviven, tienen una capacidad de regeneración mucho mayor. Bueno, así que tienen eso a favor. Está bien. También se debe considerar el tipo de quemadura: escaldaduras producidas por líquidos hirviendo, quemaduras eléctricas producidas por cables o quemaduras químicas, sean por ácido o alcalinos. De toda la carta, yo sólo pedí las quemaduras termales, las producidas por llamas.

¿Qué, puede que se pregunte, es lo que le pasa a la carne viva puesta al fuego? Las células están formadas básicamente por líquido, que puede hervir y hacer explotar las paredes de la célula. Eso no es bueno. Un segundo escenario es que las proteínas de las células se cocinen, igual que un huevo en una sartén,

mudando su contenido de un líquido ligero a algo viscoso y blanco. Si sucede esto último, se detiene toda actividad metabólica en la célula. Así que aunque el calor no fuera suficiente para matar a la célula, la pérdida de la habilidad de absorber oxígeno asegura que el tejido muera pronto. Así que la elección está entre una capitulación lenta y una inmolación rápida.

* * *

Desaparecida la abuela, fui a vivir con Debi y Dwayne Michael Grace, unos tíos míos, la quintaesencia de la escoria, para los que supuse una molestia desde el momento en que aparecí. Lo que sí que les gustaba, sin embargo, eran los cheques que el gobierno enviaba para mi manutención. Con ellos podían seguir comprando drogas con más facilidad.

En mi época con los desgraciados Grace nos mudamos de un parque de caravanas a otro hasta que encontraron una fiesta que no cesaba en toda la noche y que se convirtió en un festival de metaanfetaminas que duró tres años. Estaban muy por delante de su tiempo: el cristal no era ni mucho menos tan popular en aquellos días como lo es hoy. Si no encontraban pipa en que fumarlo utilizaban una bombilla vaciada. A veces necesitaban tantas que vivíamos en la más completa oscuridad. Las drogas, sin embargo, parecían no faltar nunca. Los Grace, sonriendo como pianos rotos, le daban hasta el último céntimo que tenían al camello.

Uno de nuestros vecinos cambió el uso de su hija, unos pocos años más joven que yo, por su equivalente en drogas. En caso de que se lo pregunten, el valor en la calle de una niña de ocho años es de 35 dólares o, al menos, ése era cuando yo era niño. Cuando a la madre se le ponían ojos de salvaje y le empezaba el mono, la niña venía a llorar de miedo a mi pequeña habitación, anticipando otra inminente venta. Lo último que supe de la madre es que se desintoxicó, se libró de la adicción y encontró a Dios. Lo último que supe de la niña (ahora adulta) es que es una embarazada adicta a la heroína.

La mayor parte de mi infancia no fue agradable, pero nunca me subastaron sexualmente para que mis tutores pudieran chutarse. Sin embargo, eso no debería ser lo mejor que un hombre puede decir de su infancia.

La única forma de sobrevivir en aquel mundo de mierda era imaginar mundos mejores, así que leía cuanto caía en mis manos. Al principio de mi adolescencia pasaba tantas horas en la biblioteca que las bibliotecarias me traían bocadillos. Guardo un recuerdo feliz de aquellas mujeres, que me recomendaban libros y luego hablaban conmigo durante horas sobre lo que había aprendido.

Mi naturaleza compulsiva ya se reveló antes de que descubriera el deseo por las drogas que ocuparía mi vida adulta. Mi primera, y más duradera, adicción fue siempre el estudio obsesivo de cualquier materia que despertara mi curiosidad.

Aunque nunca me interesó mucho la escuela no fue porque creyera que la educación no era importante. Ni mucho menos: mi problema era que la escuela interfería siempre en cuestiones mucho más fascinantes. Los cursos estaban diseñados para transmitir información práctica pero, como aprehendía tan rápido los conceptos básicos de cada tema, perdía pronto el interés. Me distraían los conocimientos esotéricos que aparecían, por ejemplo, en una nota a pie de página de un libro o en el comentario casual de un profesor. Por ejemplo: si mi profesor de geometría mencionaba algo sobre que Galileo dio clases sobre la estructura física del Infierno, se me hacía imposible mantener el interés cuando continuaba hablando de los lados de un paralelogramo. Me saltaba las tres clases siguientes para ir a la biblioteca y leer todo lo que podía sobre Galileo y luego, cuando volvía a la escuela, en el examen de matemáticas no había ninguna pregunta sobre la Inquisición y me suspendían.

Conservo esta pasión por el aprendizaje autodidacta, como debería ser evidente después de la descripción que he hecho del tratamiento de las quemaduras. El tema tiene tal importancia personal para mí que me resultaría imposible no aprender tanto como pudiera sobre él. Y no basta con eso: la investigación

sobre el monasterio de Engelthal, por razones que también se harán evidentes, también me ha ocupado muchas horas.

Aunque es cierto que fuera de la biblioteca he llevado una mala vida, dentro de ella siempre me he dedicado al conocimiento como un santo a su Biblia.

* * *

Las quemaduras, según he aprendido, se evalúan también según cuantas capas de la piel están dañadas. Las quemaduras superficiales (de primer grado) sólo afectan a la epidermis, la capa superior. Las quemaduras de espesor parcial (segundo grado) afectan a la epidermis y a la segunda capa de la piel, la dermis. Las quemaduras profundas de espesor parcial son quemaduras de segundo grado especialmente graves. Y luego están las quemaduras de espesor total (tercer grado), que afectan a todas las capas de la piel y dejan cicatrices permanentes.

Casos graves —como el mío— habitualmente presentan una mezcla de tipos de quemaduras porque no hay nadie girando el asador para asegurarse de que la pieza se cocine igual por todas partes. Por ejemplo, mi mano derecha está completamente intacta. Sufrió quemaduras superficiales y el único tratamiento que requirió fue una loción de manos que se puede comprar en cualquier farmacia.

Mis quemaduras de segundo grado están localizadas principalmente en las piernas por debajo de la rodilla y alrededor de mis nalgas. La piel se arrugó como las páginas de un manuscrito al fuego y tardó unos meses en curarse. Hoy la piel no está perfecta pero, diablos, tampoco está tan mal. Todavía me noto el culo al sentarme.

Las quemaduras de tercer grado son como el filete que tu viejo se olvidó en la barbacoa cuando se emborrachó. Estas quemaduras destruyen: el tejido al que afectan no se cura. La cicatriz es blanca o negra o roja; es una herida seca y dura, siempre sin vello porque los folículos se han asado. Por extraño que parezca las quemaduras de tercer grado son en algún sentido

mejor que las de segundo grado: no duelen nada, porque las terminaciones nerviosas de la zona están todas fritas.

Las quemaduras en las manos, cabeza, cuello, pecho, orejas, cara, pies y región del perineo son especialmente delicadas. Éstas son las zonas que tienen porcentajes más altos en la regla de los nueve; un centímetro de cabeza quemada gana a un centímetro de espalda quemada. Por desgracia, éstas son las zonas donde se concentran mis quemaduras de tercer grado, así que al tirar los dados me salió un dos.

Hay cierto debate en la comunidad médica sobre si realmente existen las quemaduras de cuarto grado, pero los que avivan esa disputa son un grupo de médicos con buena salud que se reúnen en algún salón de conferencias y discuten sobre semántica. Si se acepta esa nomenclatura, las quemaduras de cuarto grado son las que se abren paso hasta huesos y tendones. Yo también tuve de éstas. Por si no bastara que los bajos del coche me cortaran los dedos del pie izquierdo, estas llamadas quemaduras de cuarto grado se llevaron tres dedos de mi pie derecho y un dedo y medio de la mano izquierda. Y ojalá ésas fueran todas las partes de mi cuerpo que consumieron.

Recordaré que me derramé bourbon sobre los pantalones momentos antes del accidente, de modo que difícilmente pude escoger un momento peor. En efecto, mi regazo estaba empapado con una substancia acelerante que hizo que esa área ardiera todavía más fuerte. Mi pene era como una vela que emergía de mi cuerpo y como tal ardió, dejándome sólo una mecha calcinada donde antes estuvo el tronco. Era insalvable y me lo extirparon poco después de mi ingreso utilizando un procedimiento conocido como penectomía.

Cuando pregunté qué se había hecho con los restos de mi masculinidad, la enfermera me informó de que eran deshechos médicos y como tales se habían tirado. Como si quisiera animarme, me explicó que los médicos habían conseguido salvar mis testículos y escroto. Supongo que quitármelo todo les debió parecer excesivo.

* * *